

ELECCIONES EN U.S.A.

por *Enrique Neira Fernández* *
Jefe del Dpto. de Ciencia Política, ULA.

I. Estados Unidos, un pueblo de paradojas

Cualquier grupo zoológico humano de nuestro planeta es variable, complejo, contradictorio. Por ello, es tarea imposible definir el carácter nacional o la identidad de cualquier país. Pero por un conjunto de factores, el pueblo de Estados Unidos de Norteamérica es singularmente biforme, paradójico, ambivalente. Romoli-Venturi ha podido afirmar que “pareciera que todas las tensiones del mundo han sido importadas por EUA”. Ya en 1831 ese gran analista francés que fue Tocqueville se sorprendía de encontrar dos caras tan diferentes de Norteamérica: “la variabilidad de la mayor parte de las acciones humanas y la fija estabilidad de ciertos principios”. Los hombres le parecían en constante movimiento, pero sus mentes como fijadas con clavos. Y en 1898 el inglés James Fullarton, después de vivir 4 años en EUA titula su libro *La tierra de contrastes*.

Tio Sam y Estatua de la Libertad

Los Estados Unidos se representan de ordinario por dos tipos de imágenes o iconos muy populares. Uno EL TIO SAM, un viejo delgado y alto, de barba cuidada y vestido formal, creación de Betsy Cross. El otro, COLUMBIA, o la Diosa de la Libertad, mujer corpulenta y maternal, con vestido de amplios pliegues, coronada con una diadema y una antorcha flameando en una de sus manos. El Tio Sam simboliza el gobierno, que requiere, negocia, pide sacrificios a sus ciudadanos. La Mujer representa la tierra de libertad y oportunidades, la América fértil y generosa. Erik Erikson, psicoanalista, en su libro *Niñez y Sociedad*, señala que a la mayoría de los norteamericanos se les plantean dos alternativas polarizadas: caminos abiertos de innovación o envidiosas islas de tradición; generoso internacionalismo o desafiante aislacionismo; ruidosa competición o modesta cooperación. Como lo advirtió, en su tiempo, George Santayana, el norteamericano “es un idealista que trabaja sobre lo material”. En él se dan cita la corriente trascendental -propiciada por Jonathan Edwards y refinada por Ralph Waldo Emerson-; y la corriente práctica convertida por Benjamin Franklin en una filosofía del sentido común. Bien ha recogido Michael Kammen todos estos aspectos de la cultura norteamericana en un libro que obtuvo el Premio Pulitzer, titulado en inglés *People of Paradox* y que puede traducirse *Pueblo aparentemente contradictorio*, publicado por Oxford University Press, que he vuelto a leer para este comentario. Kammen recoge sus hallazgos en la página 116, cuando define la amalgama norteamericana como un “individualismo colectivo”, que se expresa como liberalismo conservador en la vida política, como idealismo pragmático en la vida cerebral de los norteamericanos, como racionalismo emocional en su vida espiritual y como divino materialismo en su vida consumista.

Dos eras contrapuestas

Las grandes tendencias que agitan el espíritu nacional norteamericano no son ajenas a las características que predominan en ciertos largos períodos de su historia. Ya en sus comienzos, uno era el enfoque *igualitarista* de la democracia encarnado en Jackson, y otro el enfoque *libertario* y descentralizador encarnado en Jefferson. A partir de 1930, Franklin Delano Roosevelt, frente a una grave crisis del capitalismo mundial, abrió con su *New Deal* las fronteras de una esperanza para su país y para el mundo. Indujo la concepción del Estado intervencionista, preocupado por ser no sólo un Estado de derecho sino también un Estado social. Con ello agigantó al máximo las funciones del Estado así como su gasto público y la administración central. Pero, a la vez, creó un envidiable sistema de seguridad social, con amplia cobertura de beneficios para las clases trabajadoras y desposeídas. Esta era “demócrata”, que intentó el sueño de un *Welfare State* (Estado de bienestar), llega hasta la administración de Reagan .

Con el arrollador triunfo del republicano Ronald Reagan en Noviembre 1980, se inició una nueva era, que venía gestándose desde la década anterior y que significó un giro impresionante. Sobre la base del liberalismo anterior, se trató de afianzar un *neo-conservatismo* , con su slogan de “tratar de pensar lo impensable”. En economía se propusieron nuevos temas, caminos y soluciones, a la luz de los cambios tecnológicos recientes. Se comenzó a desmontar el gigantismo del Estado, a reducir su gasto social, a incentivar la productividad reduciendo impuestos y dando facilidades a la industria militar y a la empresa privada. Ideológicamente se propició un retorno a las fuentes sanas de la Federación como son el orden, la familia, la religión, el trabajo, la frugalidad. Y con todo ello, se buscó poner un dique al deterioro materialista pequeño-burgués que viene observándose en la sociedad norteamericana, a la vez que oponer un muro infranqueable a cualquier tipo de totalitarismo especialmente el comunista, que estaba en su auge por esos años..

II. De Reagan a Clinton

El Presidente de teflón

La presidencia de Reagan marca un hito, cuyos efectos abarcan también el gobierno de Bush (1988-1992) y perviven en las actuales posturas republicanas exhibidas por el Congreso de EUA (controlado por el Grand Old Party) y por su candidato presidencial, Bob Dole. A pesar de su avanzada edad y gracias a sus innegables dotes de comunicador, Reagan (1980-1988) fue un mago y casi un “encantador” de la opinión pública norteamericana. Sereno, intuitivo, visionario, eternamente optimista, Reagan fue un presidente popular, que encarnó -con gracia y soltura- el sueño de Norteamérica. Su estilo presidencial fue inconfundible. El poder lo ejerció selectivamente sobre lo sustancial. Dejó los detalles engorrosos y amplio campo de iniciativas a sus inmediatos asesores y miembros del gabinete. Corrió así el riesgo de que muchas cosas se hicieran sin su debido conocimiento. Quizás eso mismo le permitió salir ileso de errores y malos manejos que se cometieron durante su administración, como fue el bochornoso comercio de armas para apoyar “contras” en Nicaragua. Se lo llamó, con fundamento, el “*Presidente de teflón*” porque sobre él corrían gotas de agua sin mojarlo, y puesto a altas temperaturas no salía “quemado”. Hubo quienes lo denominaron también “el Presidente zen”, por su impenetrable señorío

de los acontecimientos.

En general, hoy se pueden reconocer dos grandes logros de la administración Reagan: la *paz* y el aparente *bienestar económico*. A pesar de su retórica guerrerista, apoyada por un considerable aumento de los gastos militares y una provocadora competencia con la URSS por la supremacía espacial (que hizo temer en su momento por una guerra nuclear de las galaxias), dejó como legado una casi completa paz mundial. Su slogan de que “la paz sólo es posible desde una posición de fuerza” parece le dió resultado. Los acuerdos firmados con Gorbachov y la subsiguiente distensión entre las superpotencias, pueden ser invocados por Reagan como uno de sus mejores logros a nivel internacional. Recibió de Carter un país acosado por el comunismo internacional, arrodillado ante Irán, hostigado por el terrorismo de Libia y otros. Y entregó el país con la frente alta y un “ego” nacional empinado ante las potencias del mundo. Y a nivel interno, habiendo recibido una economía en franco deterioro, con índices inflacionarios y preocupante desempleo, la entregó aparentemente reactivada y con un ingreso promedio por familia superior al que existía en 1977. Casi al final de su mandato, una encuesta de opinión sobre si las políticas económicas de Reagan habían sido buenas o malas para el país, dió un resultado de 56% sí y 33% nó (Time, 10 October 1988). Otra cosa es si dicho bienestar general que parece disfrutó la sociedad norteamericana en dichos años, fue *a debe*, gracias a un creciente déficit fiscal y a una gigantesca deuda externa, con indicadores no igualados por otro país del mundo. Pero esto ha sido problema de su sucesor, Clinton, y no de quien dejó la presidencia con tan buena imagen...

¿Qué pasó con Bush ?

Todos los pueblos, aun los llamados desarrollados, votan más por su bolsillo y su seguridad familiar que por entelequias de tipo ideológico o falaces promesas de un mundo feliz. Por ello, los norteamericanos prefirieron el 8 de noviembre del 88 prolongar su situación de equilibrio pacífico internacional y cierto grado de bienestar económico, tal como se los dejaba la era Reagan. No se embarcaron en los proyectos que les ofrecía el candidato demócrata Dukakis, quien por lo demás no resultó muy carismático ni convincente ni de probada experiencia internacional y optaron por conservar las ventajas de la era reaganiana eligiendo a George Bush, quien había sido jefe de la CIA y Vice-presidente. Y el pueblo norteamericano quedó tranquilo con dicha elección porque dejó la mayoría del Congreso en manos de un Parlamento demócrata que controlara al republicano que entró a ocupar la Casa Blanca. Pero el sucesor de Reagan no tuvo ni el carisma ni el experimentado manejo de imagen de que dió muestra el “presidente de teflón”. Heredó en buena hora una situación internacional distendida por el desarme nuclear acordado con la URSS y un cierto bienestar económico del que aparentemente disfrutaba el país. La coyuntura internacional, con el derrumbe del imperio comunista, dejó a EUA como árbitro y única superpotencia del mundo. Situación que aprovechó bien Bush con ocasión de la Guerra del Golfo Pérsico. Como nuevo hidalgo Don Quijote, quiso “desfacer entuertos y corregir todo tipo de agravios”, a propósito de la agresión injusta que había hecho Irak a Kuwait. Le fue servida en bandeja de plata a EUA un triunfo fácil, dada la estupidez de Hussein, el megalómano de Bagdad que, tras la anexión injusta de un territorio vecino, demasiado rico en reservas petroleras, ni supo negociar como se lo pidieron por 5 meses voces sensatas, ni se retiró voluntariamente a tiempo, ni siquiera supo hacer una guerra moderna, sino que se escondió como un zorro cobarde en las madrigueras del

desierto. Bush sacó a relucir lo mejor de la novísima tecnología militar de los EUA: los misiles de crucero Tomahawk, los silenciosos bombarderos Stealth, los super tanques M1A1, los helicópteros AH-64 Apache, los sistemas Patriot interceptores de los peligrosos misiles Scud de fabricación soviética, las bombas "inteligentes" y los aparatos de visión nocturna. Tras la exitosa "Tormenta del Desierto", quedaron exorcizados definitivamente para Estados Unidos los fantasmas de Vietnam, que por 15 años lo mantuvieron inhibido de grandes acciones bélicas. Y esto constituyó un verdadero triunfo de Bush, que podía haberle garantizado desde el 91 la reelección presidencial, si no hubiera intervenido tan negativamente la variable económica.

En efecto, el éxito del neo-conservatismo puesto en práctica desde el comienzo de la era Reagan (que a su modo fue también ensayado en Inglaterra, Francia, Chile, Venezuela, Argentina...) y continuado por Bush, resultó más aparente que real. La economía general del país parecía mejorar, si se atendía a los indicadores macroeconómicos. Pero todo ello con un enorme costo social. Los pobres y marginados han aumentado y son cada vez más pobres y desdichados. Y con un agravante, como es el desmonte del Estado social y benefactor, que impide que por la vía de subsidios y seguridad social, les lleguen a los pobres siquiera las migajas que caen de la mesa de los más ricos. Falta de sentido social que se percibe también en las relaciones de EUA con los países en desarrollo. En un "mapamundi de acuerdo con la administración republicana", Africa muriéndose de hambre y América Latina con sus angustiosos problemas de deuda externa y pobreza, sencillamente no existen más acá de México. Para EUA esto no cuenta.

El advenimiento de Clinton

Por 12 años (1980-1992) los resultados se mezclaron. La filosofía dominante buscó poner límites al gobierno; intentó la creación de riqueza privada y acabar con los enemigos. Las políticas de Reagan-Bush apresuraron el colapso del comunismo. Pero al interior de la casa, solamente los ricos habían pelechado. La clase media había sido muy golpeada; los pobres eran más en número y más pobres; y la habilidad de Norteamérica para competir con Japón y Europa venía disminuyendo minada por un deteriorado sistema educativo y un inmanejable déficit fiscal que taponaba su inversión vital. Acompañando a esta recesión económica existía una extensa depresión psicológica, que se reflejaba ya en los sondeos de opinión y decidió el resultado electoral del 3 noviembre 1992. Una encuesta de octubre de dicho año mostraba que más del 50% de los norteamericanos temían que en los próximos 12 meses perderían su empleo y más del 65% veían que el país iba *por mal camino* (on the wrong track).

Cuando en el segundo debate por TV ("el Debate de su vida"), Bush miró por tres veces su reloj de pulso, como si tuviera una cita más importante en otra parte, estaba admitiendo que las manecillas de la historia habían dejado de correr para él. El manejo de la economía fue su talón de Aquiles. Un presidente en EUA que quiera ser reelegido necesita tener una economía saludable el año de elecciones - o dar a la opinión pública una buena razón de por qué no lo está. Bush ni tomó a tiempo decisiones importantes para una recuperación económica del país, ni fue capaz de

exponer y defender sus posiciones.

Bill Clinton, al lado de su bella e inteligente esposa Hillary, se puso hace 4 años al volante del país, como una promesa joven, fresca, descomplicada, sin ataduras con Vietnam, algo aparentemente inexperto y pantallero, pero con unos reflejos políticos que recordaban los del adorado ídolo John F. Kennedy, alguien en suma que generaba una electricidad parecida.

(Próxima entrega: Clinton bien sentado)